

*La raíz fecundante de la vida.
Impulso afectivo y sentir originario
en la antropología de
Max Scheler y María Zambrano*

Resumen:

La presencia de Max Scheler en la obra de Zambrano invita a reflexionar sobre el sentido y el alcance de su influencia. Este trabajo intenta concretar el conocimiento efectivo que la autora tuvo de los escritos schelerianos y a partir de aquí señalar núcleos teóricos que articulan su relación, centrando la investigación en el análisis de la conexión entre las nociones de “impulso afectivo” y “sentir originario” como aportaciones centrales al ámbito de la antropología.

Palabras clave: Zambrano, Scheler, antropología, impulso afectivo, sentir originario.

Abstract:

The study reflects on the significance and the extent of Max Scheler's influence in the work of María Zambrano. We aim to assess Zambrano's effective knowledge of Scheler's writings and to pinpoint theoretical nuclei that underlie the relationship between the two thinkers. The study centres on the analysis of the connection between the notions of “vital feeling” (“Gefühlsdrang”) and “inborn feeling” (“sentir originario”) as key contributions to the field of anthropology.

Keywords: Zambrano, Scheler, anthropology, vital feeling, primal sense.

M

aría Zambrano representa un estilo de pensamiento que no es fácil clasificar; comparte, sin embargo, con sus maes-

tros y contemporáneos planteamientos y, hasta cierto punto, un vocabulario que invita a considerar hasta dónde llega su deuda con ellos, cuestionando el modo en que se dirige y trata con sus escritos, qué significan algunos temas y palabras que toma de éstos, qué autores le inte-

Fecha de recepción: 30 de junio de 2008

Fecha de aceptación: 2 de septiembre de 2008

* Departamento de Historia de la Filosofía, Estética y F^a de la Cultura, Facultad de Filosofía, Universidad de Barcelona. crevilla@ub.edu

resan y por qué, en fin, qué hace con sus lecturas y cómo se mide con la filosofía contemporánea. Entre estos autores, la presencia de Max Scheler en su formación y en su trayecto es indiscutible y constituye una de las referencias que nos permiten pensar el modo en el que la autora se inserta en el debate filosófico y la singularidad de su propuesta. Aunque la relación entre ambos autores abre un campo verdaderamente ilimitado de investigación, adentrarse en el tema puede proporcionar orientaciones que posibiliten redescubrir los rasgos de su estilo intelectual, bosquejar motivos teóricos que con diversos matices se desarrollan a lo largo de su obra y, quizá sobre todo, identificar núcleos que resultan decisivos en la elaboración de su aportación.

Precisamente a esta relación entre Zambrano y Scheler había dirigido la atención en un trabajo anterior, bajo el título de “Correspondencias o sincronizaciones”¹, esto es, un tipo de “coincidencias”, dirá la autora, que, con estos términos, nos ponen en la estela del tiempo y de la escucha, dibujando la órbita en la que los dos se encuentran y el fondo sobre el que en ocasiones parecen incluso confundirse, al mantener una relación de semejanza y proporción que nace del intercambio de su “palabra en el tiempo”. En esta primera aproximación partía del hecho de que Zambrano conoció y trabajó algunas obras de Scheler desde sus años de formación; se establece así entre ambos una relación de hecho que, en la medida en que forma parte de su “punto de partida”, resultará para ella irrenunciable, como lo evidencia la fuerza y continuidad de la presencia efectiva que este autor adquiere en sus escritos, desde *Horizonte del liberalismo* (1929) y los ensayos de la década de los treinta que componen *Hacia un saber sobre el alma*, muy particularmente el artículo que da nombre al volumen, pasando por ensayos como la *Historia de la piedad*, o *Un descenso a los infer-*

nos, o aquéllos en los que su huella es claramente perceptible, como las páginas sobre “Materia y lugar de los sueños” en *El sueño creador*, para llegar al reconocimiento explícito en sus últimas obras, donde se nos presenta como “visitante de la Aurora”, “en la estela de los hombres verdaderos”², víctima, sin embargo, de un olvido injustificado³ en la actualidad, por no indicar sino algunos hitos muy señalados, en los que Scheler aparece reiteradamente como interlocutor real e imprescindible, siguiendo una progresión –desde el inicial conocimiento de alguna de sus obras en el círculo de Ortega, con cuya herencia se traba– en la que su perfil se diría que resulta cada vez más neto y destacado.

Al plantearnos cuál ha sido el papel de Scheler en la génesis y en el desarrollo del pensamiento zambraniano podemos dirigir la mirada en dos direcciones. Por una parte, atendiendo al acuerdo esencial entre el “gesto filosófico” de ambos, patente en los rasgos de su estilo y en los temas más relevantes que abordan; aunque en esta perspectiva se pone claramente de manifiesto el andamiaje de sus respectivas obras, así como la sintonía que mantienen, tal vez por el exceso de alusiones y referencias, que no deja de llamar la atención de cualquier lector de Zambrano, al situarse en ella no acaba de perfilarse el nudo en torno al cual la relación entre los dos autores se estrecha, el punto respecto al que se confrontan. Por eso, cabe intentar otra posibilidad de aproximación a este tema: la que se centra en alguno de los aspectos, considerado nuclear, en su propuesta.

En esta segunda perspectiva quisiera aventurar la hipótesis de la centralidad, en la lectura zambraniana de Scheler, del tema del “impulso afectivo”, tal como aparece en *El puesto del hombre en el cosmos*, en la medida en que, justamente como el “sentir originario” de

¹ En *Aurora. Papeles del “Seminario María Zambrano”*, nº 8, Barcelona, 2007.

² Zambrano, M., *De la Aurora*, ed. de J. Moreno Sanz, Madrid, Tabla Rasa, 2004, nota 68, p. 233.

la autora, representa el centro de articulación de vida y espíritu, de modo que viene a ser un elemento literalmente central en su antropología. Es ésta una obra que, traducida al español en 1929, la autora conoció pronto y a la que remite insistentemente; si nos preguntamos a qué puede deberse este interés y sintonía vemos surgir aspectos que dan testimonio de una actitud teórica y de un modo de plantearse los problemas que no se diluye en la trama de las influencias.

El puesto del hombre en el cosmos tiene, ciertamente, carácter de fragmento y de proyecto; es un heterogéneo y plural acercamiento a la idea del hombre, como tema que requiere un permanente trabajo, siempre en curso, esto es, una muy zambranian forma de trabajo, adecuada al ámbito al que se dirige, pero también al procedimiento seguido, marcado biográficamente por su recorrido personal. Este escrito parte de un hecho, al que también Zambrano fue singularmente sensible desde sus primeros escritos: nunca como en la actualidad el saber del hombre ha sido tan problemático, debido prioritariamente a la parcelación de la investigación científica que hace necesario el dirigir la mirada hacia atrás, hacia el hecho precientífico de la existencia, como fondo originario del que brota su sentido. La cuestión filosófica -¿qué es el hombre?- en esta perspectiva ya no es sólo teórica, concierne también al sentido de la dignidad humana, radicado en la singularidad que le corresponde en la estructura total del mundo biopsíquico.

La coincidencia de Zambrano en el diagnóstico y en el modo de hacer frente a la

situación es ya patente en *Horizonte del liberalismo*, donde, al hablar del problema del ser humano, se refiere a éste como “heterodoxo cósmico” porque “emerge de la naturaleza”⁴, esto es, del mundo de la necesidad y de la obediencia, pero abriéndose al futuro, a la posibilidad y la indeterminación en virtud de su relación esencial con otra esfera —la de las formas ideales, a la que se referirá también, significativamente, como de los valores⁵-; por eso, nos dice, “el hombre es aquella criatura que está entre dos orbes, mediadora, enviada entre ellos”⁶.

El marco de la antropología zambranian, tan próxima en principio a la de Scheler, lo proporciona, por una parte, la perspectiva política de este primer libro de la autora en el que intenta reflexionar sobre las posibilidades de una acción política libre y, por otra, su dimensión crítica, puesto que esta reflexión la lleva a cabo frente al error del liberalismo racionalista que ha roto los vínculos “no sólo con lo suprahumano, sino con lo infrahumano, con lo subconsciente”, de modo que “este desdeñar los apetitos, las pasiones”⁷ ha ocasionado, de hecho, la ruptura de “la solidaridad cósmica y vital” del ser humano.

Para Zambrano, cuando “se rompe la comunicación con el suelo”, que retiene pero también sustenta⁸, la vida se vuelve estéril, pierde su capacidad de trascender, de ir siempre más allá; el punto, pues, al que nos ha conducido el “caminar racionalista” nos sitúa ante todo frente al problema del “asentarse cósmico”, un problema “de raíces, de inmersión en la vida”⁹ que ahora encuentra una alternativa y una salida: el sentimiento, que es

³ Zambrano, M., *Notas de un método*, Madrid, Mondadori, 1989, p. 23.

⁴ Zambrano, M., *Horizonte del liberalismo*, Madrid, Morata, 1996, p. 205.

⁵ O.c., p. 266.

⁶ O.c., p. 205.

⁷ O.c., p. 242.

⁸ O.c., p. 228: “De origen vivamente racionalista, esta idea del progreso llenó al buen hombre del pasado siglo de tosca alegría. Por ella tuvo el ingenuo gozo de haber derribado las barreras, de haberse evadido de una cárcel, y pensó que la historia empezaba. La Humanidad se sintió otra vez niña, más aún: recién nacida. Mas pronto acabó en estéril, como sucede a toda planta que rompe la comunicación con el suelo que la retenía, sí, pero que la sustentaba”.

⁹ O.c., p. 231.

“la placenta del hombre con el mundo; y al mismo tiempo que sujeción, cable de la energía y de la gracia”, “zona segura” y “tierra firme” que hace posible la libertad¹⁰. El mundo del sentir, “comprendido entre el intelecto y la sensación” –tal como la “deshumanización del arte” pone de manifiesto¹¹–, nos pone en relación con la naturaleza, que se convierte así en la única fuente de energía. Hay, por lo tanto, que dirigir a este foco la atención, para ahondar en el subsuelo y arraigar en el mundo material.

En este punto, resulta de particular interés retomar la obra de Scheler, *El puesto del hombre en el cosmos*, con el fin de destacar el tema del “impulso afectivo” que el autor desarrolla, como se ha indicado, al plantear e intentar pensar la singularidad del ser humano en el contexto de la “estructura global del mundo biopsíquico”¹². El impulso afectivo es “el estadio ínfimo de lo psíquico”, pero también “fuente de energía”; “sin conciencia, ni sensación, ni representación”, es un “padecer sin objeto”, “impulso genérico” que muestra, o “demuestra”, que “la vida no es esencialmente voluntad de poder”, evidenciando en consecuencia, a juicio de Zambrano, el error inherente a ese “segundo nacimiento de la filosofía” que fue la modernidad, desplegándose como afirmación de la voluntad y proceder “cauteloso”; en cuanto impulso dirigido al exterior corresponde a una “estructura de ser” que es un “todo de carencias” que, como tal, determina su pasividad y “receptividad”, en expresión explícitamente zambrana; su presencia en el hombre alimenta su sentir, percibir, representar y también la alternancia y sucesión de sueño y vigilia, de modo que el sueño –“un estado relativamen-

te vegetal”– es la forma inicial y originaria de captación de energía¹³.

El impulso afectivo, principio óptico de individualidad, supone un centro, un foco de espontaneidad que, en el ser humano, queda siempre insatisfecho, “vacío” –y “el primer vacío es, por decirlo así, el vacío de nuestro corazón”¹⁴. Aquí precisamente parece encontrar su lugar la capacidad de elevarse y trascender que define al espíritu; éste, por tanto, aunque no se reduce a la psique y tiene una esencia autónoma, necesita del impulso vital¹⁵, es decir, del acceso a la realidad que proporciona el impulso afectivo¹⁶, justamente porque, aunque tenga su ser y sus leyes propias¹⁷, le falta la “energía originaria propia”.

Es fácil establecer vínculos entre estas ideas y el planteamiento ontológico de Ortega, al que Zambrano remite y retorna siempre; de hecho, es a partir de la concepción de la realidad como resistencia y del ser humano como anhelo y proyecto que nace de un fondo de soledad como la autora irá dando forma a estos puntos que resultan decisivos en su reflexión sobre la persona, tal como la desarrolla, por ejemplo, en *Persona y democracia*. En esta obra, publicada en 1958, aunque retoma escritos precedentes y se reedita en 1987, retoma la cuestión política, bajo la sombra de la historia percibida en su aspecto sacrificial. Tal vez el núcleo de las obras de estos años se encuentre en el modo en el que la autora ve cómo la historia de la filosofía occidental se trenza con la historia de Europa y decide pensar este cruce. En este marco, su reflexión se apoya en una teoría de la persona, en la que, sobre este fondo, incorpora un elemento clave, y nuevo respecto al desarrollo scheleriano: el tiempo:

¹⁰ O.c., p. 232.

¹¹ Tal como María Zambrano lo trata no sólo en la *Agonía de Europa*, sino ya desde *Nostalgia de la tierra*.

¹² Scheler, M., *El puesto del hombre en el cosmos*, Barcelona, Alba, 2000, p. 36.

¹³ O.c., p. 43.

¹⁴ O.c., p. 74.

¹⁵ O.c., p. 96.

¹⁶ O.c., p. 86.

¹⁷ O.c., p. 87.

“Solemos tener la imagen inmediata de nuestra persona como una fortaleza en cuyo interior estamos encerrados, nos sentimos ser un “sí mismo” incomunicable, hermético, del que a veces querríamos escapar o abrir a alguien: al amigo, a la persona a quien se ama, o a la comunidad. La persona vive en soledad y, por lo mismo, a mayor intensidad de vida personal, mayor es el anhelo de abrirse y aun de vaciarse en algo; es lo que se llama amor, sea a una persona, sea a la patria, al arte, al pensamiento. Esencial es a la soledad personal el ansia de comunicación y aun algo más a lo que no sabríamos dar nombre. Pues este recinto cerrado que parece constituir la persona lo podemos pensar como lo más viviente; allá en el fondo último de nuestra soledad reside como un punto, algo simple, pero solidario de todo el resto, y desde ese mismo lugar nunca nos sentimos enteramente solos [...]

Pues ese punto al que referimos nuestro ser, allí donde nos refugiamos, nuestro “yo” invulnerable, está en un medio donde se mueve, rodeado del alma y envuelto en el cuerpo –instrumento y muralla-. Está en un medio que es el tiempo. El tiempo medio ambiente de toda la vida.

El tiempo nos envuelve, nos pone en comunicación con todo medio y a la vez nos separa. Por medio del tiempo, y en él, nos comunicamos. Es propio del hombre viajar a través del tiempo”¹⁸.

Por eso también es necesario, como repetirá insistentemente, aprender a tratar con el tiempo.

La larga cita es expresiva del estilo de la autora y, sobre todo, de las perspectivas a las que se abrirá su reflexión. La impronta schele- riana del planteamiento de la autora tiende a acentuarse en la medida en que, situándose en el umbral de un tercer nacimiento de la filosofía, aboga por ésta como “saber de salvación”

que, descendiendo a los ínferos, del alma y de la historia, abandone las razones que justifican para buscar las que liberan y, para ello, necesitan otras palabras, nacidas de la oscuridad, del sueño, de los confines de la razón, esto es del contacto íntimo con la realidad que habita la verdad de la vida, palabras, en definitiva, que llevan esta verdad a la visibilidad sin perder su relación con el lado oscuro de la vida.

De este planteamiento antropológico parte, en este sentido, un programa que quedará así, solo en esbozo: la investigación sobre la relación entre los sueños y el tiempo. Sobre este programa, y sobre el modo de leerla, María Zambrano nos proporciona valiosas indicaciones en una carta, hasta hace poco inédita¹⁹, entre las que quisiera destacar tres líneas: a) su idea de la filosofía; b) la imagen del hombre; c) el tiempo, como objetivo de su trabajo:

La filosofía, nos dice, es para ella uno de los lugares privilegiados de revelación del hombre como “conato de ser”, “embrión por germinar”, promesa de vida. Es éste precisamente el saber de salvación al que se dirige a lo largo de su recorrido y que sigue buscando en sus obras de mayor madurez.

El hombre, reitera, es, a su vez y en consecuencia, un ser en proceso, pero sobre todo es el ser que sufre, o padece, la propia trascendencia, y así conjuga acción y pasividad, o mejor, es el ser en el que acción y pasividad se conjugan, porque pasividad será, para ella, el “sentir originario” que hace despertar la conciencia, de modo que pensar es, a su vez, “descifrar lo que se siente”.

El carácter procesual del ser humano la lleva a dirigir la mirada sobre el tiempo –“lo más profundamente esencial”, nos dice- vivido en su multiplicidad y que puede ser pensado como tiempo mediador –el de la historia, que

¹⁸ Zambrano, M., *Persona y democracia*, Barcelona, Anthropos, 1992, p. 17.

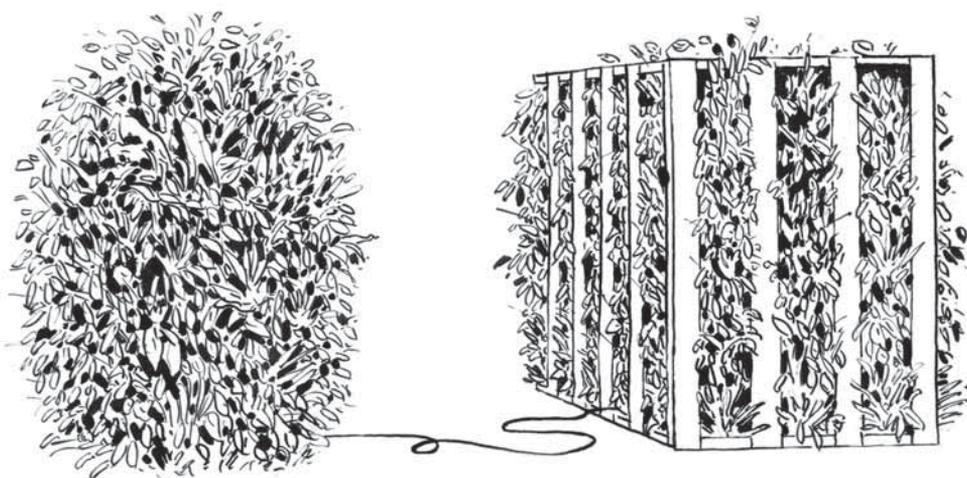
¹⁹ Fechada en La Pièce, el 18 de abril de 1970, y recogida en la Fundación María Zambrano con la signatura M-447, fue publicada por Gabriele Blundo y analizada en el artículo “Chère Madame. María Zambrano según ella misma”, en *Aurora. Papeles del “Seminario María Zambrano”*, nº 6, Barcelona, 2004.

esconde pero devuelve la verdad escondida-, o bien como multiplicidad que precisa de un centro que remite al sueño y a su atemporalidad –al sueño que nos arraiga en la materia y nos revela una forma de relación con el tiempo que no es la de la vigilia y la conciencia. Quizá el núcleo de los trabajos que dejó inacabados y encierran el sentido de su pensamiento se encuentre en la ecuación que propone retomar como central: tiempo-libertad-realidad.

En definitiva, si la huella de Scheler es especialmente clara en el planteamiento antropológico de Zambrano, en cuanto que dirige el pensar al ámbito del sentir y al cuestionamiento de la inserción del ser humano en el cosmos, la particularidad de su propio recorrido parece desarrollarse en una doble dirección, cuyos polos no son del todo escindibles: se trata, en primer lugar, de una propuesta que concierne a la actitud personal: permanecer y detenerse en la oscuridad, padecer la propia trascendencia, “soportar el peso de la propia pasividad”, nos dice en *Los sueños y el tiempo*, pero con un marcado contenido teórico que afecta al sentido de su investigación y se encuentra cargado de implicaciones ético-políticas: tratar con el tiempo, atar la historia personal a los acontecimientos considerados “históricos” a través de la atención a las cir-

cunstancias; un problema, pues, no sólo teórico, y del que explica, por ejemplo cómo el humanismo no pudo salvar lo humano en el hombre, porque el afirmarse del ser humano autónomo, desligado de la naturaleza, le lleva a enredarse en su propia sombra, para acabar en la injustificada fe en sí mismo y en la ficción de los totalitarismos.

A modo de testimonio que confirma la continuidad y coherencia de la relación entre Zambrano y Scheler, y como orientación también de su lectura, no pueden pasarse por alto las observaciones de las *Notas de un método*, cuando, distanciándose de Heidegger sin nombrarlo –el metafísico, el contemplativo que, confundido con los místicos y poetas, “habría ido a parar, a fuerza de rigor y de precisión, a lugares licenciosos” y “no encuentra lugar alguno donde entrar”-, se acerca a Scheler como punto de referencia porque “muestra nítidamente el lugar singular, único, del hombre entre los animales que más se le emparentan”. Y añade: “Su referencia al cosmos es lo que hoy más me llega. Pues que esa singularidad se me abre sobre algo más abismático” de modo que, al unir ser y vida, se posibilita el pensamiento, no ya del ser de la vida, sino de la vida que siempre corre el riesgo de ser pensada “a costa del todo”²⁰.



JOAQUIM CANTALOEZELLA: S/T, 2008

²⁰ Zambrano, M., *Notas de un método*, ed. cit., pp. 22-23.